

la **BANDA**
de la **RISA**

PIERDOMENICO BACCALARIO
ALESSANDRO GATTI

ÓSCAR
el TRAVIESO



1. And the winner is...»

—¡Uf! ¡Qué calor!
Óscar resoplaba como una locomotora a punto de estallar tras la subida de una pendiente. Él nunca iba vestido de aquella forma: llevaba una americana negra para grandes ocasiones, una camisa impecable, de color blanco, y una pajarita de seda como las del tío Manfredo, el tipo más elegante de la familia. Además, se encontraba en una sala de espectáculos llena de gente, algo a lo que tampoco estaba acostumbrado.

Todos los grandes inventores del mundo se encontraban allí reunidos. Era una velada única



e irrepetible: la entrega de la Bombilla de Oro, el premio a la invención más fantástica del año.

—Oiga, joven, ¿quién cree usted que será el ganador? —le preguntó la señora que estaba sentada en la butaca de al lado. Iba vestida de verde, y sus ojos, menudos como dos cabezas de alfiler, observaban a Óscar por detrás de unas gafas mariposa.

—Pues no tengo ni la más remota idea, señora —respondió Óscar, encogiéndose de hombros dentro de aquel esmoquin tipo Agente 007—. Si lo supiera, no estaría aquí esta noche.

La señora, sin decir nada, desvió la mirada hacia el escenario con un gesto de desaprobación. Su cuerpo, delgado y enjuto, se agitaba bajo el vestido de color verde guisante.

El muchacho tuvo la sensación de que se había ofendido.

Óscar resopló de nuevo e intentó aflojarse el cuello de la camisa, que parecía querer estrangularlo poco a poco como una serpiente desgana.



Se alzó el telón. El incomparable Mic el Tuercas apareció en el escenario acompañado por una rubia señorita bastante más alta que él, pues casi le sacaba una cabeza. Todo el local los recibió con un caluroso aplauso y el corazón de Óscar empezó a latir con fuerza.

Mic el Tuercas era un auténtico mito. Presentaba el programa *Todos somos inventores*, que se emitía los martes por la tarde. Óscar, que no se perdía el programa ni un solo día, abandonaba la tarea, pues normalmente fingía estar haciendo los deberes, y se colocaba

la pantalla para seguir la transmisión.



El gran Mic.

Había sido precisamente Mic el Tuercas quien le había empujado a tomar la decisión más importante de su vida: convertirse en inventor.

Mic saludaba a su público. Óscar, sin darse cuenta, se estaba secando el sudor con el *foulard* de seda de la señora que se sentaba a su lado. Cuando el muchacho quiso percatarse de su despiste ya era demasiado tarde, pero afortunadamente ella no se había enterado de nada: sus ojos estaban fijos en el gran Mic. Óscar aprovechó la distracción de la dama para secarse bien la frente y el rostro. Luego, con aire satisfecho, dejó caer aquel pingo de tela, que estaba totalmente empapado.

Mic terminó su discurso de bienvenida y abrió un sobre amarillo. Allí estaba el nombre del ganador. Óscar, que sintió un nudo en la garganta a causa de la emoción, se agarró a los brazos de la butaca. La bombilla de oro, a espaldas del presentador, brillaba maravillosa y resplandeciente bajo los reflectores.



¡Había llegado la hora de la verdad!

Óscar se movía agitadamente en su butaca, buscando el ángulo más adecuado para ver el escenario y no perderse así ni un solo segundo de la ceremonia.

—El tipo de la primera fila es tan grande que me tapa la vista —decía, refunfuñando.

Se trataba de un gigantesco hipopótamo, que, inexplicablemente, también iba vestido de etiqueta.

«Un hipopótamo en una sala de espectáculos», pensó Óscar. «¡Eso sí que es raro!».

Pero se sorprendió aún más cuando, al lado de aquel elegante hipopótamo, descubrió que se sentaba...

Que se sentaba...

Ella.

¡Sara la Insuperable!

Óscar reconoció su pelo negro, impecablemente cortado a tazón, y sus encantadores ojos, penetrantes como rayos láser.



Sara se dio la vuelta y saludó a Óscar, que se apresuró a devolverle el saludo moviéndose con inquietud dentro de aquella americana almidonada que le bailaba sobre los hombros.

¡Sara la Insuperable le había sonreído! Nunca, nunca lo había hecho hasta entonces.

«¡Debe de ser por la fascinación que ejerce el inventor!», pensó Óscar emocionado.

En aquel preciso instante, Mic el Tuercas, sobre el escenario, procedía a abrir el sobre amarillo. Extrajo una tarjeta y, aclarándose la voz, se acercó al micrófono.

Óscar cerró los ojos. Su corazón latía a toda velocidad.

—¡Venga!..., vamos..., vamos... —susurró, mientras golpeaba enérgicamente el suelo con los pies.

—¡Señoras y señores! —dijo Mic el Tuercas—. El ganador del premio Bombilla de Oro de este año es...

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!...



—... ¡El señor Óscar Frampolini, conocido como Óscar el Travieso, por su última invención genial, el increíble cataplinco cincibulante!

Óscar se subió a la butaca de un salto, lanzando un grito de júbilo.

—¡Toma ya! ¡He ganado!

Un fervoroso aplauso se apoderó de toda la sala.

—¡Bravo!

—¡Genial!

—¡Viva Óscar el Travieso!

La señora que iba vestida de verde guisante se dejó llevar por el entusiasmo y, tendiendo hacia el esmoquin de Óscar sus huesudos brazos cargados de tintineantes pulseras, abrazó al vencedor.

—¡Es usted un genio! ¡Un auténtico genio!
—repetía, estrechándolo con fuerza.

—¡Ufff!... Gracias, señora, muchas gracias
—murmuró Óscar mientras intentaba escapar de aquel abrazo mortal—. ¡Pero ahora déjeme!
¡Tengo que irme!

Cuando logró escapar de sus garras corrió hacia el escenario, buscando la mirada de Sara la Insuperable.

La muchacha de sus sueños se había puesto en pie para aplaudirlo y lo miraba con ojos cargados de admiración.

Como el hipopótamo que estaba a su lado. Óscar respiró hondo.

Por fin había llegado el momento de su triunfo: era evidente que Sara la Insuperable se había enamorado de él. ¡Y todo parecía

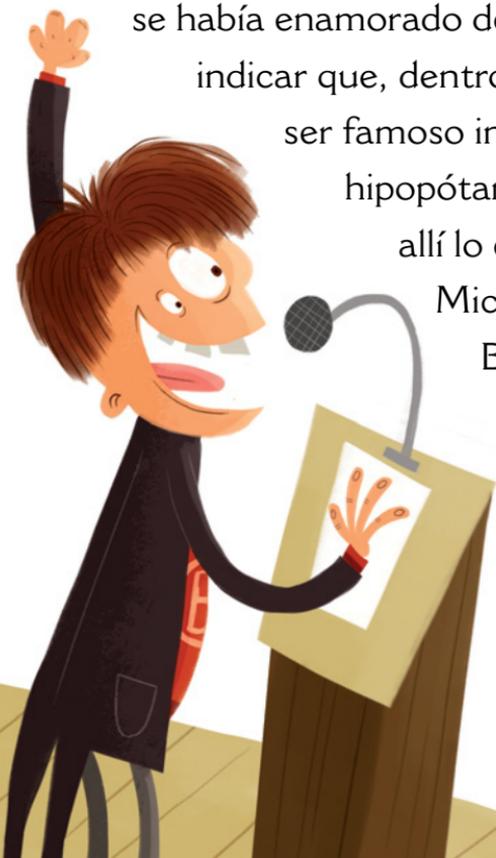
indicar que, dentro de poco, iba a ser famoso incluso entre los

hipopótamos! Saltó al escenario: allí lo esperaban el inigualable

Mic el Tuercas y la Bombilla de Oro.

—Enhorabuena, Óscar. Te mereces este premio...

¡Estoy seguro de que el cataplinco





cincibulante
va a cambiar el mundo!



Óscar, muy emocionado, le dio a Mic las gracias en voz baja y zarandeó el trofeo sobre su cabeza mientras el local celebraba el triunfo repitiendo su nombre:

—¡Óscar!

—¡Óscar!

—¡Óscar!



¡ATENCIÓN!

¡Este libro es DE RISA!
No recomendado para
aburridos ni para gente
sin sentido del humor.

¡Te reirás a carcajadas!

¿Qué puede salir mal cuando
un inventor tan genial
como Óscar el travieso tiene
un momento de inspiración?

ABSOLUTAMENTE TODO.

Así que poneos cómodos
y dejad el asunto en manos
de Óscar. El desastre está
asegurado.

www.anayainfantilyjuvenil.com



¡No te lo pierdas!



ANAYA

1578187

